

La raíz y la herida

“En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera, ya que no verán los campos florecer ni disfrutarán de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa.”

*

La casa está llena de polvo. Un polvo denso que huele a olvido. Las habitaciones son oscuras. Las lámparas se agarran al techo como quien se agarra al último suspiro en vida. Se van a caer. La carcoma en los muebles hace que crujan y simulen una suerte de movimiento liviano, pero todo está muy quieto. Ella está muy quieta viendo cómo la nada se ha apoderado de una casa, de unas habitaciones, de todo lo que un día tenía algún color. Gris, ahora todo es gris. No recuerda con detalle este espacio. No recuerda la entrada ni la distribución de la casa. No recuerda el jardín de atrás. Sí recuerda el roble. Majestuoso todavía. Lo ve desde dentro y recuerda insistir en merodear cerca cada verano. En correr alrededor siempre con la imagen de su madre y de su abuela Tacha fija en ella. O eso creía. Ese roble era como el pulmón de la casa. Casi de todo el pueblo. Cuando se celebraban las fiestas, la mayoría de los vecinos se reunían bajo su sombra. Cantaban canciones de libertad, comían, bebían, reían. Eso le contaba su abuela. *Ay, hija, cuando seas mayor quizás entiendas la importancia de ese roble. A tu abuelo siempre le pareció un monstruo. Siempre lo quiso talar, pero nunca se lo permití. Después el corazón también me lo impedía.*

Tacha siempre contaba la misma historia y siempre con lágrimas en los ojos. Amelia siempre la miraba y trataba de comprender por qué se emocionaba tanto. Cuando ocurría, miraba con el ceño fruncido a su madre, que le devolvía una sonrisa de tranquilidad y a la vez de imposibilidad. De la imposibilidad de contar. Se quedaba callada. Nadie le explicaba más. Nadie le hacía entender. Madre y abuela callaban un rato y después tarareaban, se miraban y finalmente Tacha cantaba “ya sabes mi paradero” alargando mucho la “e”. Y seguían tarareando hasta que una de las dos suspiraba profundamente.

*

—Buenos días, ¿me da un paquete de Virginia, por favor?

—Aquí tienes. -El estancero la mira de arriba abajo con una sensación de extrañeza. Se lo piensa dos veces hasta que decide preguntar.- No eres de por aquí, ¿no?

—No. Bueno, sí. No, no vivo aquí.

—Ya decía yo. No tienes mucha cara de provincianas.

El estancero tiene una voz grave, es alto, moreno y mira a Amelia con la seguridad de quien regenta un lugar único.

—¿Y de qué tengo cara entonces?- responde ella muy seria.

—Tienes cara de vivir en una calle con adoquines y muy transitada. Ya me entiendes.

—No, la verdad es que no te entiendo. — En esta respuesta se hace notoria la incomodidad y un poco el enfado de sentirse juzgada.

—Toma, con cinco con cuarenta y cinco.

Mientras Amelia saca la cartera el chico la analiza de nuevo. Puede olerla. Está a punto de preguntarle cuántos días va a pasar en el pueblo, pero ella arranca el paquete del mostrador y se gira bruscamente. En esa milésima de segundo a él solo le da tiempo de esbozar su nombre.

—¡Soy Ricardo!

Ella se detiene con la puerta del estanco entreabierta y con las gafas de sol puestas se gira y le dice su nombre:

— Yo soy Amelia. Amelia Mallo.

Al oír el nombre, el chico se queda petrificado. Ella percibe un aire extraño en su mirada, pero decide huir lo antes posible. Solo espera que no tenga que volver a comprar otro paquete de tabaco.

*

Cuando una recorre una casa tapada, algo de frío se le mete por el cuerpo, como si todos los fantasmas que supuestamente la habitan le tocasen un hombro y después el otro con delicadeza. Pasa sus dedos por encima de las telas, ya no son blancas. Decide quitar alguna. Tose mucho. Se arrepiente después. Nadie ha movido nada

en mucho tiempo. Desde que Tacha murió, todo está tal y como lo dejó. Todo en su sitio. Recuerda a su abuela limpia, ordenada, con olor a jabón y a césped recién cortado. Recuerda los surcos de su frente brillantes. La sonrisa, como paradoja de la vida, cada vez más joven. La echa de menos. Su madre tampoco visitaba ya el pueblo en los últimos años, no quería enfrentarse al sentimentalismo de la pérdida. No tenía suficiente estómago para sostener tanto dolor. Ahora ella era la única que podía estar allí. Nadie más. Ella sola con todas las sombras. Con todos los recuerdos. Ahora debe seleccionar cuáles guardar y cuáles tirar a la basura. Se siente sucia solo de pensarlo. Traidora, se dice. Se lamenta, pero no llora. Sabe que no puede llevárselo todo. Que necesita lidiar con ello de la manera más sesuda.

Por fin se decide a quitar las demás sábanas, todas. De repente la casa tiene otra luz a pesar del polvo. Quizás porque todas las escenas que le vienen a la mente traspasan los límites de la ficción y se colocan delante de sus ojos, como si estuviera viendo a su abuela, a su madre y a su padre moviéndose por la casa. Se ve a sí misma salir corriendo al jardín. Hace sol y todo está verde. Es verano. Ella también sale detrás de su pequeña yo. Corren juntas hacia el roble. La pequeña, ella, se para y la mira. Señala con el índice minúsculo un punto de la tierra. De repente todo se desvanece, todos desaparecen. Está sola en el jardín. El cielo está nublado. Las hojas están caídas y la tierra seca. Se arrodilla y empieza a escarbar. Como si fuera un perro cuya presa yace bajo las raíces. Para en seco y se ríe. En realidad quiere llorar, no sabe qué está haciendo. *Qué estoy haciendo*. Se levanta y se da la vuelta, pero tras dos pasos vuelve y sigue escarbando y escarbando. Busca con desesperación algún artilugio con el que agilizar su tarea. Encuentra un cuenco oxidado. A los pocos segundos el cuenco golpea algo metálico, el sonido hace que sus pupilas se dilaten. Cava más rápido. Ve cómo una pieza plateada asoma por entre la tierra. La coge y se sienta. Tiene las pulsaciones disparadas, no sabe muy bien por qué, pero intuye que ha encontrado algo que nadie quiere que vea. Algo prohibido. Algo que su abuela y su madre llevaban custodiando desde la distancia mientras ella pisoteaba esa tierra. Le resulta difícil abrir la caja, pero lo consigue. Huele a humedad y a encierro. Huele a viejo. Una carta es lo primero que ve, la coge e intenta sacarla de su sobre sin que se rompa. El papel es amarillo. La letra elegante.

Querida Tacha,

No tengo mucho tiempo para escribir estas líneas. Solamente quiero que sepas que estoy bien y que mi estómago ya se ha tranquilizado. Estoy comiendo. Algunos días incluso podemos beber un vaso vino. Estoy bien. ¿Tú estás bien? Respóndeme lo antes posible. Dime cómo está la niña. Te beso tanto como ya sabes.

Te quiero, Tacha. Tu Manuel.

Amelia lee estas líneas con los ojos llorosos. Son las palabras de su abuelo. Nunca lo conoció, pero sabía quién era. Siempre supo quién fue. Pero nunca supo dónde estaba. Había más cartas, todas empezaban con *querida Tacha, mi Tacha, mi Tachica*. Todo ello le provoca mucha ternura y a la vez mucha pena.

Junto a las cartas encuentra una una nota en la que pone: algún día tocarán las campanas en tu nombre. Hay varios objetos más: una cinta tricolor, un carrete, dos fotos. En una aparece su abuelo en el frente, de pie y con el fusil clavado en el suelo. Una sonrisa obligada pintaba su cara en aquel entonces. Por detrás alguien escribió: setiembre, 1936. R. Capa. Amelia se tensa cuando ve la otra fotografía. Suelta la de su abuelo en la tierra y coge la otra. Es una foto de una cara, muy de cerca. Como si fuera una foto de carnet. Un primer plano. Se ve parte del cuello de la camisa, en él resaltan lo que parecen ser los colores nacionales. La foto está arañada. Tiene una cruz roja que marca esa identidad. Amelia se fija más de cerca, achina los ojos. Ve los rasgos, las facciones, muy características. Muy marcadas, la nariz muy puntiaguda, una suerte de mostacho a medio crecer. Los ojos rasgados, pero grandes. Le suena esa cara, le es familiar. Repara de nuevo en el aspa. Es una señal de sentencia. Sabe que de una sentencia no dada, sino de una sentencia que nace del pecho de alguien que no puede hacer justicia. Esa cara está enterrada en la misma caja que su abuelo. Esa cara tachada. Esa cara denota culpa. Denota muerte.

Cuando aparta la foto para ver qué más hay en la caja, descubre en el fondo algo que todavía tiene partes brillantes a pesar de las marcas de óxido. Es un proyectil.

La campanita del estanco suena avisando de que alguien ha entrado. Amelia dice hola varias veces, hasta que el chico sale arrastrando los pies. Va lento, mirando al suelo, casi ni se percibe el “hola”. Ella lo mira desconcertada, no hay rastro de la simpatía anterior. No hay rastro de la intención de entablar conversación. No hay nada. El chico se limita a preguntar que qué le pone. Ella no entiende nada.

— No quiero comprar nada. No es eso. Me gustaría preguntarte algo. Necesito ayuda. He encontrado esta foto en la casa de mi abuela y por alguna razón los rasgos de esta persona me llevaron a pensar en ti. En tu cara. Tenéis cierto parecido. Quizás no tengáis nada que ver, pero quiero preguntarte si sabes quién es.

El chico levanta la cabeza y vuelve a quedarse petrificado. La mira fijamente sin saber qué decir. Está quieto. No responde.

—Oye, ¿estás bien? Solo quiero saber quién es.

—¿Dónde estaba esa foto? Es mejor que la guardes. —Ricardo comienza a ponerse nervioso, cuando ha reparado en el aspa que cruzaba la cara de su abuelo los pelos se le han puesto de punta. No sabe muy bien qué decir.

—¿Por qué la tendría que guardar? La he encontrado en una caja enterrada en el jardín. Junto a un proyectil. —Al decir la palabra proyectil, al chico se le han dilatado las pupilas y se ha puesto a buscar algo de forma muy nerviosa. —Todo esto lo guardó mi abuela. Esta persona seguramente fue quien mató a mi abuelo. Solo quiero saber quién es.

—Ven, vamos fuera. —Él sale del mostrador. Ella lo sigue y se sientan en un banco que da a la plaza mayor del pueblo.

Mientras él enciende un cigarro, ella comienza a liar otro. Hay un espacio entre los dos y a la vez un silencio que pesa. Amelia no deja de mirarlo esperando una respuesta, él mira al suelo y clava sus pulgares en la frente. Fuma muy rápido y cuando echa el humo emite un ruido fuerte. Se nota que se está agobiando y no sabe por dónde empezar.

—Ese hombre era mi abuelo. José María Rodríguez. O Josema Rodríguez.— Mientras pronuncia su nombre, se enciende otro cigarro—.

—Os parecís. En cuanto vi la foto, pensé en ti.

—Mi familia paterna tiene los genes muy marcados, en este caso es un defecto. Mira, no me gusta hablar del tema. Lo siento mucho, aquí nadie quiere recordar. He crecido con esa mancha y es la primera vez que alguien remueve esto.

—Nunca supe qué pasó con mi abuelo, ¿sabes? He vuelto hace dos días, he entrado en una casa familiar que estoy vendiendo porque no me queda otro remedio. Una señal me llevó a esa caja y a estas fotos. Entiendo que lo fusiló en ese mismo roble. Entiendo que ese proyectil se perdió. Pero lo que no entiendo es que nunca nadie haya buscado a mi abuelo.

—Lo intentaron. Tu abuela lo intentó. Y tu madre, pero nunca lo consiguieron. Mi padre me contó la historia hace muchos años, cuando le pregunté por qué estaban quitando una placa con el nombre de mi abuelo de una de las calles. Yo ya no era tan pequeño, pero me pareció frío y extraño que picaran de esa manera un trozo de mármol. Pero después entendí todo. Cuando la quitaron, tu abuela estaba presente. Recuerdo que lloró mucho. Recuerdo que mi padre la miró con lágrimas en los ojos también y ella asintió. Asintió como si estuviera dando por finalizado algo, como si cerrase un ciclo, fue extraño.

—Nunca me contaron nada, yo siempre jugaba en el roble y siempre tenía la sensación de estar vigilada. Mi abuela y mi madre tenían un aire nostálgico cada vez que lo miraban. — Amelia parece que se ha ablandado con la historia, el relato del chico la ha tranquilizado.

—Es una historia cruel, injusta. Josema pertenecía a los otros. Era el único de su familia que se alistó con los sublevados. Tenía otras intenciones. Cuando las cosas se pusieron feas, aquí en el pueblo era él quien hacía las redadas y quien recibía primero los chivatazos. Por alguna razón solo fueron a por tu abuelo. Después de matarlo se lo llevaron y nunca nadie más supo nada. Tu abuela tuvo que vivir con ese pesar toda la vida, eso me contó mi padre. Siempre le pedía perdón. Mi familia siempre se ha volcado con Tacha para buscar justicia. Después de la dictadura, mi madre me contó que fue ella quien solicitó lo de la placa, que llegó mucho más tarde, pero llegó. Supongo que enterrar todo esto así fue como una manera de tener un sitio donde acudir para tapar el vacío.

Amelia siente cómo su estómago se encoge. Le alivia saber, pero al mismo tiempo entiende que la rabia se apodere de su cuerpo. Una rabia contra las dos mujeres que más quiere en su vida. Es una rabia y una impotencia por no saber. Por no conocer.

—Entiendo entonces que hasta ahora todo ha sido silencio.

—Todo. A nadie le ha gustado nunca remover nada. Amelia, eres la primera persona con la que hablo de esto en la calle. Ha pasado mucho tiempo, pero la herida sigue

abierta. Supongo que nadie pensaba que se pudiera desenterrar así como así lo de Josema.

—¿Siempre lo has llamado por su nombre?

—Sí.

—¿Cómo murió? — Amelia pregunta con un nudo en la garganta, esperando e intuyendo una respuesta.

—De Alzheimer. Tuvo un final decente. Lo olvidó todo. Pero murió solo. Después de la guerra se fue al sur. Allí rehizo su vida. Cuando venía, el pueblo era un fantasma. Nadie le abría la puerta

—Sí, decente. Mi abuela nunca pudo olvidar. Se llevó todo esto a la tumba.

—Cuando veía las noticias de familiares de la guerra encontrados, siempre pensaba que tu abuelo estaría por aquí cerca. —El chico coge a Amelia de la mano y ella se deja. El tacto caliente de un ser humano se vuelve necesario cuando la historia despersonaliza tanto.

—Puede ser —suspira—. Gracias por contármelo. Ahora tendré que digerir todo esto.

—De nada. Es lo menos que puedo hacer. Aunque nadie quiera, aquí es necesario hacer memoria. Pero ya ves, esto está muerto, nadie estaría por la labor.

— No está tan muerto, tenéis un estanco.

*

De vuelta a la casa, Amelia tiene una sensación extraña. Sale de nuevo y mira el roble. Necesita más respuestas. Siente que está en deuda con su abuelo. Siente culpa, rabia. Piensa en lo fácil que es guardar silencio. Se promete a sí misma volver en primavera. Quizás entonces tenga un lugar al que llevar flores. Quizá entonces toquen las campanas en nombre de su abuelo. Quizá entonces alguna semilla de las que ha dejado en esa tierra haya dado algún fruto. Quizá entonces alguien más pondrá voz a esta historia y a todas las que queden. Promete volver. Promete encontrarlo. Sabe que en algún momento van a encontrarlo.